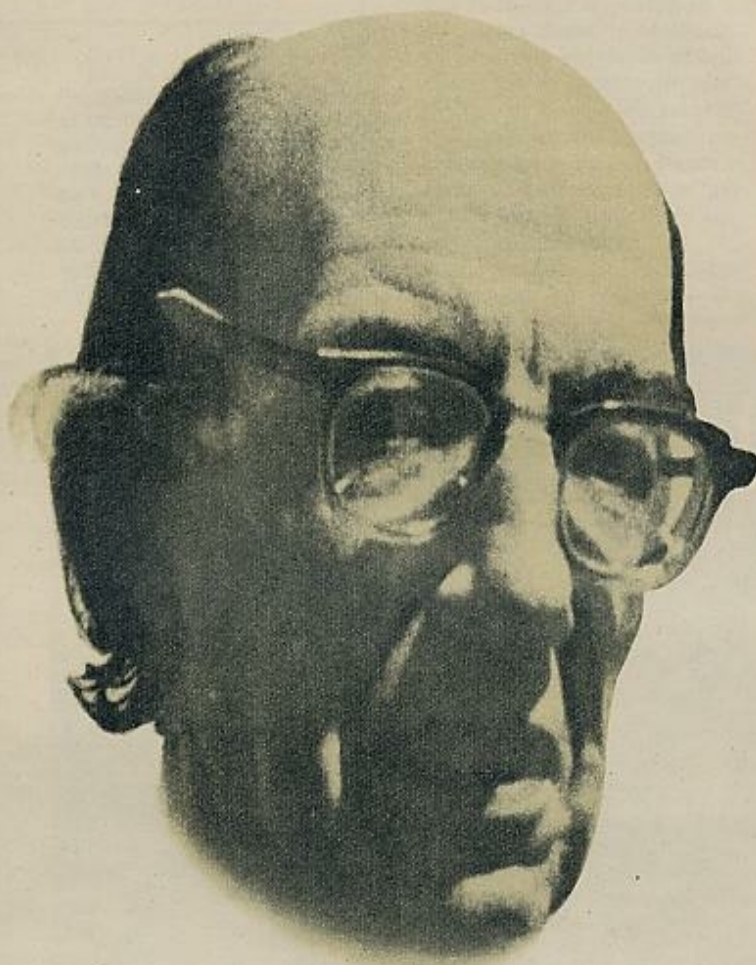


# EL INFIEL ARANGU

**E**l profesor Aranguren se llegó, no hace muchos días, a la Universitaria. Se cruzaba con estudiantes que bajaban en grupitos, en parejas, en solitario. Ninguno se volvía para mirarle. Ninguno le reconoció. Han pasado ya cuatro cursos desde que fue separado de la cátedra. Ahora regresa a los Estados Unidos, a la universidad de Santa Bárbara, pero antes nos deja unas «Memorias».

Estoy con él y con unos amigos y discípulos en su despacho de Velázquez, y quizá por ello (por todas estas circunstancias de la partida, los amigos, las «memorias») pudiera pensarse que la reunión tuvo algo de nostálgica. Sin embargo, no es la nostalgia algo que le vaya a un hombre que siempre ha estado partiendo... Sentado en la silla, parece un pájaro, por lo ingravido; no se recuesta, sino que se inclina hacia delante, como en actitud de provisionalidad. El profesor no es de los que se repantangan en su pasado o en sus ideas. Por ello, estas «Memorias» que ahora publica (Ed. Taurus) no podían ser *las memorias*, el balance total, sino una reflexión, una corrección sobre la marcha. Como en el busto de Pablo Serrano, bucea en el espacio, pero hacia arriba, sobre un cuello que se adelgaza hasta el punto de quebrarse.

Efectivamente, la vida entera de Aranguren ha sido un constante pasar de una estancia para entrar en otra. La primera estancia que abandona es la confortable familiar. Pero en aquel mundo cerrado —burguesía acomodada de Avila— aparecieron unas leves grietas que un espíritu sensible no podía dejar de acusar: la prematura muerte de la madre, la imagen del tío republicano, diputado por Vizcaya y amigo de Indalecio Prieto, y el recuerdo inquietante de un maestro



«desplazado». La segunda estancia que dejará es el internado de jesuitas de Chamartín de la Rosa («¡Oh, Virgen del Recuerdo dolorida!»). Durante la guerra, en Toledo, se refugia en el fervor místico y en el matrimonio. Con el estruendo a la puerta, se dedica a leer a San Juan de la Cruz. Pronto abandonará también el recinto brillante del orsismo y el grupo que en casa de Juana Mordó hace tertulia poética: Luis Felipe Vivanco, Luis Rosales, Leopoldo Panero. He aquí cómo en seguida señala su distancia frente a ellos: «En tanto que él (L. Panero) replicaba en verso a Pablo Neruda, yo escribí "La evolución espiritual de los intelectuales españoles de la emigración"». Publica, con escándalo para muchos, «Catolicismo día tras día» y «El catolicismo y el protestantismo como formas de existencia». Se aproxima al catolicismo (entrecomillado por entonces) de Maritain y Mounier, y en seguida deja las Conversaciones Católicas de Gredos. Se compromete con una acción católica nueva (aquí conoce a Miret Magdalena). La cátedra de Ética y Sociología, que ganó en el 55, le impulsa a plantearse «los problemas morales, tomando en consideración sus supuestos sociológicos y su dimensión social». El avance es acelerado. «La juventud europea y otros ensayos» inaugura esta nueva etapa sociológica. Hace participar a los estudiantes en la cátedra, y los estudiantes le hacen participar a él fuera de la cátedra. Preside una asamblea estudiantil. La cuerda se rompe en 1965. Aranguren resume así el desenlace de su vida académica: «Supe ser echado a tiempo».

He querido que en la conversación participaran estos amigos que hoy le acompañan: José María Castellet, el padre Jesús Aguirre y Xavier Rubert

por CESAR ALONSO DE LOS RIOS

# REN



De izquierda a derecha: el crítico J. M. Castellet, X. Rubert de Ventós (profesor de Universidad), el profesor Aranguren, el padre Jesús Aguirre y C. Alonso de los Ríos.

de Ventós. El libro de Aranguren es una reflexión sobre su propia imagen, tal como ha quedado acuñada, por lo cual he pensado que el juicio de otros podría reforzar esta objetividad pretendida por el autor.

**PROFESOR ARANGUREN.**—Según Rubert soy una persona que tiendo a distanciarme de mí mismo. El hecho de que el libro haya sido escrito en California ha favorecido quizá este distanciamiento. Soy una persona que se desdobra fácilmente y puede contemplarse a sí mismo con una cierta extrañeza, y que admite que su propia imagen responde, en cierto modo, a la realidad y en cierto modo, no. Pero quizá Jesús Aguirre recuerde mejor que yo este libro que escribí hace un año.

—Para mí lo importante es que no se trata de unas "Memorias" enfáticas ni de unas "Memorias" clásicas. Están escritas como con desgana, como no queriendo acordarse de cosas desagradables, porque, en definitiva, los enemigos son siempre desagradables. Por otra parte, Aranguren no cae en la trampa de dar por pasado algo que sigue vivo para él y por eso —pienso— no ha hecho unas "Memorias-Memorias". Pero, a mi juicio, lo que se advierte como rasgo sobresaliente es la constante infidelidad de Aranguren a sí mismo.

**PROFESOR ARANGUREN.**—Sí, creo que soy bastante infiel, porque pienso que lo importante es ser fiel al tiempo y a la circunstancia que se vive. En una ocasión, una chica me dijo que yo era el único de los de mi generación que siempre había sabido coger el último tren. En este sentido, creo que le pasa algo parecido a Castellet.

—Es cierto —responde Castellet—, y esto es algo que escandaliza a muchos. Yo también pienso que lo importante es la fidelidad a lo vivo, al presente,

## Las "Memorias" que publica ahora Aranguren describen el esfuerzo patético de un hombre que por fidelidad a su tiempo ha sido infiel a sí mismo.

lo cual en Aranguren puede parecer paradójico, ya que en un catedrático de Ética lo lógico sería la fidelidad. Yo creo que habría que hablar de una ética de la infidelidad.

**PROFESOR ARANGUREN.**—Quizá alguno pudiera decir: "Mira, siempre está con los jóvenes..., o con lo que se lleva".

Pero estar con los jóvenes es muy difícil: la aceleración histórica supera cualquier escalada personal. Yo advertí, en la conversación de Paniker con Aranguren, una cierta contrariedad del profesor ante las posturas radicales de los jóvenes universitarios. Quedaba flotando en la conversación una actitud de repliegue y de desprecio en Aranguren. Se lo digo así y me responde:

**PROFESOR ARANGUREN.**—Sí, es posible que usted lo advirtiera, pero yo no estoy de acuerdo con aquella entrevista y en este sentido le escribí a Paniker después. Yo nunca hablé de "fascismo de izquierdas". Fue él quien habló de ello y me lo atribuyó a mí. En ningún momento me solidaricé con esta actitud. Precisamente yo escribí para "Cuadernos para el Diálogo" un artículo sobre el Mayo francés. Yo nunca empleé ese término de "fascismo de izquierdas".

Durante unos años, la consig-

na de Aranguren fue «ni embarcado con los de su generación, ni separado de los que vienen detrás». Este avanzar constante tenía que resultar molesto incluso para los propios amigos de Aranguren, que un buen día se daban cuenta que habían quedado desplazados. Dice Aguirre: «Aranguren es siempre el hombre que nos recuerda que podemos quedarnos parados».

—Yo, que explico ahora en la Universidad —interviene Rubert—, podría hablar de lo que ha significado Aranguren para mí; lo que ha supuesto respecto a otros intelectuales. Muchos intelectuales son como las hermanas Cenicienta, que se cortaban los dedos para que les cupieran los pies en los zapatos. Estos hombres rechazan las ideas que no caben en su esquemita, las cortan. Lo único que les preocupa es que todo entre y encaje bien, sea como sea. Aranguren tira el zapato y busca otro, pero no se corta nunca los dedos.

—Yo quiero pensar que para estos intelectuales —regresivos— su esquema es su propiedad y lo defienden como otros sus propiedades materiales —digo.

—Su sistema es su capital

—añade Castellet— en el que han invertido un capital y un trabajo.

—La lección más importante de Aranguren —continúa Rubert— fue la aplicación de a que el principio sartriano de que no hay más libertad que la que nos tomamos. Naturalmente, las libertades que entonces se tomaba Aranguren se nos han dado o se nos están dando en gran parte. Están ya institucionalizadas.

**PROFESOR ARANGUREN.**—Por eso, cuando yo recuerdo aquellos años de universidad míos, los años de la universidad falangista digamos, los recuerdo como una aventura diaria y apasionante en cuanto que no sabíamos nunca lo que iba a sucedernos al día siguiente por algo que habíamos dicho o hecho.

—Esta quema de etapas sistemáticas, esta escalada de libertades, tenía que tener un fin... A esta distancia, ¿cómo ve su separación de la cátedra?

**PROFESOR ARANGUREN.**—Creo que fue un error. En un sentido un poco superficial fue un error. Desde un sentido más profundo, creo que hicieron bien en separarnos, porque hubiéramos seguido adelante... Desde este punto de vista, ellos hicieron bien.

—¿Y no agradeces en el fondo —pregunta Castellet— que te sucediera aquello? Porque, a mi modo de ver, es bueno que en un momento dado nos corten toda posibilidad de integración en el "establishment". Cuando al fin sucede esto, quedas libre, te sientes liberado.

**PROFESOR ARANGUREN.**—Estoy convencido. Y hay más: esta infidelización constante se la debemos a una sociedad absolutamente cerrada. Por eso, los viejos que nos hemos salvado nos hemos salvado absolutamente.

—¿Salvado?

**PROFESOR ARANGUREN.**—A nivel intelectual, se entiende.

—¿En algún momento de su vida vio como posible el engarce con el "establishment" del que habla Castellet? ¿Sintió la tentación de integrarse en alguna ocasión?

**PROFESOR ARANGUREN.**— Sí, desde luego. En la época de Ruiz-Giménez. Fue la única añagaza. Entonces, Ruiz-Giménez era distinto. Aquel período pudo ser la trampa para nosotros, como en otro plano lo ha sido el Concilio. Porque lo realmente progresivo no se integra. Si yo siguiera siendo el católico de "Catolicismo día tras día", podría integrarme, pero ya no lo soy. Mi catolicismo es utópico.

El padre Aguirre es más explícito:

—La actitud del católico auténtico es la del que considera penúltimo lo que otros consideran último. El "clergyman" ha sido para muchos lo último. Incluso la desaparición del celibato esta planteada de un modo solapadísimo por cier-

## EL INFIEL ARANGUREN

to posconciliarismo que dice: "Que se case el cura, que así se integrará".

—Sin embargo —les digo a ambos—, esto de la utopía no tiene demasiado sentido desde un plano político, que es como puedo concebirlo yo. Si hay que actuar y avanzar, habrá que marcarse unos objetivos aun cuando se piense en una meta mucho más lejana.

**PROFESOR ARANGUREN.**— Tácticamente sí, pero un católico, tal como yo entiendo el catolicismo, no es nunca integrable, hágase lo que se haga.

Creo, por el gesto de Castellet, que a él esto le suena —como a mí— a música celestial.

**PROFESOR ARANGUREN.**— Porque el fin último del cristiano es siempre inalcanza-

ble; nuestra actitud es escatológica.

En este momento, Castellet se enfada: «Ya ha salido la palabreja, escatológica...». Hay un poco de revuelo durante unos instantes, acusaciones veniales, en la amistad.

—Tú, Castellet, que no eres discípulo de Aranguren, sino amigo, podrías dar tu juicio sobre él, describir brevemente tu imagen de Aranguren.

—Mi interés por lo que hacía Aranguren no residía en el contenido en sí... Yo sabía que tenían un gran interés, porque Aranguren era un fermento destructor en el mundo que vivíamos. Yo no he sido discípulo, sino amigo de Aranguren. Y, a mi juicio, lo interesante de la obra de Aranguren es eso que se desprende de sus libros, de unos libros artesanales, hechos con esfuerzo en los que se notan las dificultades que ha tenido que ir venciendo, en lucha con el tiempo, con la sociedad, esa búsqueda personal... Esto es lo que me ha hecho simpática su figura, quizá porque encuentro que mi obra es un poco así... un poco precaria, pero en la que se dicen cosas a la gente; no es una obra redonda. No nos ha importado por eso la fidelidad a nosotros mismos, sino a lo que era necesario decir en un momento dado.

La sociedad perdona una infidelidad, pero no aguanta una actitud infiel. Aranguren ha estado hace poco con sus amigos, sus viejos amigos y, como siempre, ha salido decepcionado. Le recuerdan un mundo que abandonó hace mucho, y él, «el infiel», debe atenerse a 1970, lo cual le exige un desdecirse continuo. ¿Está Aranguren a la altura de nuestro tiempo? Ahora, al marchar de nuevo a California (USA) nos deja un libro, no extenso, quizá deshilachado, no definitivo sobre él mismo, con el que se podrá o no estar de acuerdo, pero digno, en todo caso, de meditación. Son las «Memorias» de un esfuerzo honrado. Hay en él —ideas aparte— un cierto patetismo, como el de esta cabeza inquisidora que Pablo Serrano ha colocado sobre un cuello tan estirado y tenue, y que queda aquí en el rincón de la biblioteca umbria y silenciosa de la calle de Velázquez, confortable a pesar de todo. ■ C. A. R. Fotos: RAMON RODRIGUEZ.

